

NUOVA

**ANTOLOGIA**



# MILITARE

RIVISTA INTERDISCIPLINARE DELLA SOCIETÀ ITALIANA DI STORIA MILITARE

N. 4  
2023

Fascicolo 14. Marzo 2023  
**Storia Militare Antica**

a cura di  
MARCO BETTALLI ED ELENA FRANCHI



*Società Italiana di Storia Militare*

Direttore scientifico Virgilio Ilari  
Vicedirettore scientifico Giovanni Brizzi  
Direttore responsabile Gregory Claude Alegi  
Redazione Viviana Castelli

*Consiglio Scientifico.* Presidente: Massimo De Leonardis.

*Membri stranieri:* Christopher Bassford, Floribert Baudet, Stathis Birthacas, Jeremy Martin Black, Loretana de Libero, Magdalena de Pazzis Pi Corrales, Gregory Hanlon, John Hattendorf, Yann Le Bohec, Aleksei Nikolaevič Lobin, Prof. Armando Marques Guedes, Prof. Dennis Showalter (†). *Membri italiani:* Livio Antonielli, Marco Bettalli, Antonello Folco Biagini, Aldino Bondesan, Franco Cardini, Piero Cimbolli Spagnesi, Piero del Negro, Giuseppe De Vergottini, Carlo Galli, Marco Gemignani, Roberta Ivaldi, Nicola Labanca, Luigi Loreto, Gian Enrico Rusconi, Carla Sodini, Gioacchino Strano, Donato Tamblé,

*Comitato consultivo sulle scienze militari e gli studi di strategia, intelligence e geopolitica:* Lucio Caracciolo, Flavio Carbone, Basilio Di Martino, Antulio Joseph Echevarria II, Carlo Jean, Gianfranco Linzi, Edward N. Luttwak, Matteo Paesano, Ferdinando Sanfelice di Monteforte.

*Consulenti di aree scientifiche interdisciplinari:* Donato Tamblé (Archival Sciences), Piero Cimbolli Spagnesi (Architecture and Engineering), Immacolata Eramo (Philology of Military Treatises), Simonetta Conti (Historical Geo-Cartography), Lucio Caracciolo (Geopolitics), Jeremy Martin Black (Global Military History), Elisabetta Fiocchi Malaspina (History of International Law of War), Gianfranco Linzi (Intelligence), Elena Franchi (Memory Studies and Anthropology of Conflicts), Virgilio Ilari (Military Bibliography), Luigi Loreto (Military Historiography), Basilio Di Martino (Military Technology and Air Studies), John Brewster Hattendorf (Naval History and Maritime Studies), Elina Gugliuzzo (Public History), Vincenzo Lavenia (War and Religion), Angela Teja (War and Sport), Stefano Pisu (War Cinema), Giuseppe Della Torre (War Economics).

### *Nuova Antologia Militare*

Rivista interdisciplinare della Società Italiana di Storia Militare  
Periodico telematico open-access annuale ([www.nam-sism.org](http://www.nam-sism.org))  
Registrazione del Tribunale Ordinario di Roma n. 06 del 30 Gennaio 2020



Direzione, Via Bosco degli Arvali 24, 00148 Roma  
Contatti: [direzione@nam-sigm.org](mailto:direzione@nam-sigm.org) ; [virgilio.ilari@gmail.com](mailto:virgilio.ilari@gmail.com)

©Authors hold the copyright of their own articles.

For the Journal: © Società Italiana di Storia Militare  
([www.societaitalianastoriamilitare@org](mailto:www.societaitalianastoriamilitare@org))

Grafica: Nadir Media Srl - Via Giuseppe Veronese, 22 - 00146 Roma  
[info@nadirmedia.it](mailto:info@nadirmedia.it)

Gruppo Editoriale Tab Srl -Viale Manzoni 24/c - 00185 Roma  
[www.tabedizioni.it](http://www.tabedizioni.it)

ISSN: 2704-9795

ISBN Fascicolo 978-88-9295-682-7

NUOVA **ANTOLOGIA**   
**MILITARE**  
RIVISTA INTERDISCIPLINARE DELLA SOCIETÀ ITALIANA DI STORIA MILITARE

N. 4  
2023

Fascicolo 14. Marzo 2023  
**Storia Militare Antica**

a cura di  
MARCO BETTALLI ED ELENA FRANCHI



*Società Italiana di Storia Militare*



L'“Erzspanngeschütz” dell'ingegnere tedesco Erwin Schramm (1856-1935): ricostruzione ipotetica del χαλκοτόνον (Chalkotonon, pezzo di artiglieria con molla di bronzo) di Filone Alessandrino. Vetrina con ricostruzioni di pezzi di artiglieria meccanica nel Museo del Castello di Saalburg in Assia (Germania). Particolare dalla Foto di SBA73 2007, su Flickr (Artilleria experimental romana a Saalburg). CC SA 2.0, Wikipedia Commons.

## *Humilis toga:* reinterpretando la sencillez de una prenda complicada

por Dra. ELENA MIRAMONTES SEIJAS

**ABSTRACT.** Togas have been widely studied, regarding their shape, material, colour and significance. Studies have been made on how to replicate the way togas are folded and wrapped on statues. However, little has been said on why the garment which is supposed to identify a rustic, simple, modest people was so uncomfortable to wear, impeding the performance of many physical activities. This paper is aimed to provide a theory based on the dynamic character of Roman citizens, suggesting that togas may have had a military component, serving as a means of training and keeping discipline, even during peaceful times.

**KEYWORDS:** TOGA, SHIELD, ARMY, DISCIPLINE, ROME

**L**as prendas de vestir se han utilizado a lo largo de toda la historia como un medio de identificar el grupo social al que se pertenece: mostrar estatus económico, clase social, el propio oficio o la nacionalidad. Roma no fue una excepción a esta realidad, más bien al contrario: sabemos que durante la República, las prendas de vestir se seleccionaban cuidadosamente dependiendo de la actividad que se fuese a realizar e, incluso, del mensaje que se quisiese enviar a la ciudadanía<sup>1</sup>.

Sin duda la más representativa de todas sus prendas de vestir era la toga, la prenda romana por excelencia, seña de identidad de los ciudadanos de pleno derecho y de obligado uso para la realización de actividades diplomáticas, políticas o comerciales. La toga era un semióvalo tejido en lana, de entre 4 y 6 metros de longitud, que debía colocarse sobre el cuerpo sin cinturones ni broche alguno<sup>2</sup>. Su

1 Elena MIRAMONTES SEIJAS, *Latin Lexicon of Textiles: clothes, adornments, materials and techniques of Ancient Rome*, Oxford: British Archaeological Review, 2021

2 Lillian M. WILSON, *The Roman toga*, Baltimore: Hopkins Press, 1924

longitud la hacía complicada de manejar y de colocar, requiriendo la asistencia de un esclavo, pues al no ir sujeta con ningún elemento externo, debía caer en el punto exacto del cuerpo para que no se escurriese al andar o moverse.

La longitud de la toga, al igual que la complicación en la forma de colocarla, van cambiando con el paso de los siglos. En los primeros años de la república, uno de los extremos de la toga se dejaba colgar en el frente, desde el hombro izquierdo, sobre el que se pasaba el resto de la pieza, para luego rodear la cintura por la espalda, hacia el frente y pasar el otro extremo sobre el brazo izquierdo, desde donde cuelga. Tradicionalmente, se dejaba colgar un trozo de la tela desde la banda superior, sobre el pecho, formando una especie de bolsillo, el *umbo*.

Esta prenda dejaba prácticamente inutilizado el brazo izquierdo, que debía soportar su extremo de forma constante, para mantenerla correctamente colocada. Es más, en algunas estatuas de época arcaica, el brazo derecho queda también inmovilizado bajo la toga, convirtiéndola en una prenda de vestir incómoda y casi imposible de utilizar para realizar trabajos manuales<sup>3</sup>.

La naturaleza tan poco práctica de la toga, contrasta con el carácter sencillo de los primeros habitantes de Roma y con el interés que los romanos tenían por mantener su imagen de agricultores humildes, trabajadores y centrados en el cultivo, así como en la defensa de sus tierras. De ello, de su falta de sencillez, precisamente, se queja Tertuliano en su tratado *De pallio*<sup>4</sup>, en que compara el *pallium* griego, un manto sencillo, que no obstante se colocaba según las necesidades y las preferencias de cada uno, con la toga romana, que en su época se había vuelto mucho más complicada de vestir que en época arcaica. En realidad, la principal diferencia entre ambos mantos era, por un lado, su longitud y forma (el palio era probablemente más corto y de forma rectangular), además de lo ceremonioso en la forma de vestir cada uno: frente a la complejísima toga, el palio se colocaba sin necesidad de ayuda, como cada uno consideraba más cómodo y seguramente sin la prohibición de que llevase algún broche o cinturón como ayuda<sup>5</sup>.

La teoría más obvia para explicar la complejidad de la toga sería aceptar que esta se hizo tan incómoda y poco práctica para diferenciar a los nobles y persona-

3 Cf. la estela funeraria de Via Statilia, que muestra un matrimonio llevando la toga él y ella su *stola* colocadas de forma similar.

4 Agnès MOLINIER ARBO, «Le costume en Afrique à l'époque sévérienne et le 'De pallio' de Tertullien: réalités et symboles», *Vita Latina* 189-190 (2014), pp. 158-180, III

5 MIRAMONTES SEJAS, cit.

lidades, que tenían trabajos más ligeros y no requerían del uso de sus brazos para realizar sus tareas diarias. Sin embargo, esta teoría, como acabo de mencionar, estaría más acorde con la realidad que vivía Tertuliano y en total disconformidad con el carácter humilde, sencillo y apegado al trabajo de la tierra que los romanos de época arcaica, incluso de las más altas clases sociales, parecían admirar y querer alcanzar. Se hace, por tanto, necesario buscar otra explicación a esta realidad y es posible que podamos encontrar una teoría menos obvia, pero que estaría mucho más relacionada con el compromiso militar de todo ciudadano romano, que se mantendría en línea con el carácter esforzado que querían mostrar al mundo.

Para llegar a esta teoría, conviene recordar que en época monárquica y republicana, los ciudadanos de pleno derecho, dentro del recinto de la ciudad, se denominaban a sí mismos *quirites*, término relacionado con la división en tribus y que ellos entendían como la palabra que los definía a la vez como ciudadanos, como sujetos con derechos y obligaciones civiles y como soldados al servicio constante de la ciudad<sup>6</sup>.

Recordemos, también, que los propios romanos entendían que sus éxitos militares dependían directamente de su disciplina<sup>7</sup>, que los diferenciaba de las tácticas militares empleadas por sus enemigos habituales. Roma, en sus primeras épocas, dependía de que todos los ciudadanos estuviesen dispuestos para el combate en cualquier momento y, desde luego, de que todos supiesen cómo actuar en combate, lo que implica tener una formación bastante especializada para los momentos de guerra, en una época en que cada año se declaraba, con muy pocas excepciones, alguna guerra contra los pueblos vecinos. Cabe recordar la anotación de Tito Livio con respecto a las puertas del templo de Jano, fundado por el segundo rey, Numa Pompilio y que, según él, solo se habían cerrado dos veces en la historia de la ciudad: Tras decretar la paz con Cartago, al finalizar la 1ª guerra púnica, y tras ascender Augusto al poder, al vencer en la batalla de Accio y decretar, no la paz para el imperio, sino el fin de las guerras civiles en el seno de Roma<sup>8</sup>.

Sin embargo, no sabemos cómo lograban tal grado de entrenamiento y disciplina, más allá de las referencias a castigos y premios en momentos determinados.

6 *cf.* la obra de Tito Livio, *Ab urbe condita*, que emplea este término con este sentido constantemente, sobre todo en los primeros libros, dedicados a los inicios de la ciudad, especialmente a partir de la instauración de la República.

7 *cf.* Vegetio, *De re militare* I. 1

8 *cf.* Liv. I. 19.

Desconocemos cómo era la educación en época arcaica. De hecho, no tenemos demasiados detalles de cómo era la educación en Roma hasta la llegada del sistema educativo griego, a partir de la entrada de esclavos griegos que comenzaron a educar a los hijos de las familias patricias más filo-helenas y partidarias de una apertura a las culturas orientales. El sistema educativo griego, poco a poco fue imponiéndose al sistema tradicional de enseñanza y mostrando las principales diferencias entre ambos pueblos: frente a los griegos, que priorizaban la belleza sobre todo lo demás y enseñaban poesía, música, filosofía y matemáticas como bases para entender el universo, los romanos, sobre todo los más tradicionales, continuaban dando prioridad a lo austero y lo práctico.

La sociedad romana se basaba en tres pilares, unidos entre sí y entendidos como indivisibles, pues del uno dependían los otros dos: la política, la religión y la milicia. Esta interdependencia se veía alimentada por el hecho de que cada ciudadano se consideraba responsable de mantener el correcto funcionamiento de cada uno de dichos pilares. Así, pese a que la plebe tuvo que luchar encarnizadamente durante décadas para tener acceso a los cargos de mayor responsabilidad, no dejaban de tener sus obligaciones para con el Estado: responder cuando había amenazas directas o campañas militares activas, participar en las elecciones de sus representantes o exigirles el correcto cumplimiento de sus deberes y todo ello recordando que saltarse sus obligaciones o realizarlas sin una observancia escrupulosa de los ritos religiosos, podría provocar la ira divina, que a menudo se traducía en castigos contra toda la ciudad.

Se entendía, por tanto, que si los dioses no eran favorables al pueblo, todo empeño de mejora o conquista derivaría en un estrepitoso fracaso<sup>9</sup>. Si el ejército no estaba listo para defender los intereses del Estado, sus enemigos no tardarían en imponerse a ellos y todas sus tradiciones y esfuerzos serían barridas en las guerras. Si, por el contrario, los responsables políticos no eran capaces de satisfacer las exigencias y necesidades de nobles y plebeyos, en un juego de equilibrios muy complicado, las víctimas de su incompetencia se vengarían en lo militar, negándose a realizar levadas de soldados o castigando cruelmente a los subordinados<sup>10</sup>.

---

9 *cf.* Liv. V. 19 sobre la preocupación por cumplir los designios divinos para asegurarse su favor antes de poder vencer a los enemigos, en este caso en la larga guerra contra la ciudad de Veyes.

10 *cf.* Liv. II. 58-59 sobre la crueldad de Apio Claudio para con sus hombres, como venganza por sus derrotas políticas, sobre la negativa de los soldados a luchar por él, provocando la



El Estado se entendía, en definitiva, como un conjunto de ciudadanos libres, en constante pugna por mantener las tradiciones y rituales religiosos, a la par que defender sus propios intereses y derechos y los de la ciudad. En eso se diferenciaban, por ejemplo, de sus enemigos cartagineses, que mantenían, de acuerdo con nuestras fuentes, la disciplina de sus tropas con crueldad, sometiendo a sus soldados, incluso a los mercenarios, a base de castigos. Tampoco se parecían a Esparta, donde los ciudadanos quedaban supeditados al bien supremo del Estado y eran apartados de sus familias a los 7 años para recibir formación militar estricta<sup>11</sup>.

La educación romana, pues, dependía directamente del núcleo familiar. Cada familia estaba dirigida por un *pater familias*, que tenía derecho de vida y muerte sobre todos los miembros del clan familiar. Eso lleva a que cada familia tuviese sus propios rituales religiosos y, probablemente, sus propios métodos de enseñanza, que sin duda debían pasar por una educación militar, así como en los valores, en el sentido del honor y del deber, que hicieron famosa a Roma sobre otros enemigos, más temibles por su crueldad para con los vencidos.

No olvidemos que buena parte del éxito de Roma, especialmente en sus inicios, cuando se expandía por la propia península Itálica, dependía del estricto sentido del honor y de la piedad que sus habitantes mostraban en general, también para con sus enemigos y vencidos. Este sentido del honor se contraponía a las traiciones, engaños y crueles venganzas que mostraban algunos de sus contrincantes en el plano geopolítico, como los samnitas o los cartagineses.

En este sentido, una de las anécdotas más conocidas que mostraba el ideal del honor de Roma en sus inicios es la de Furio Camilo contra los faliscos, que decidieron entregarse a la ciudad después de que el comandante romano les devolviese a un esclavo traidor que había querido entregar como rehenes a los hijos de las familias más nobles de la ciudad asediada<sup>12</sup>. No obstante, este sentido del honor y el deber no estaban reñidos con la venganza, como comprobamos en las repuestas tajantes y contundentes del ejército romano tras su derrota en Alia, que permitió la entrada de los galos en la ciudad<sup>13</sup> o la emboscada y derrota sufrida a

---

derrota de Roma contra los volscos y la mayor ira de su cónsul Claudio, que ordenó ejecutar a uno de cada diez como castigo y ejemplo.

11 *cf.* Plutarco, *Vida de Licurgo* y Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* sobre el sistema educativo espartano.

12 Liv. V. 26

13 Liv. V. 49

manos de los samnitas en las Horcas Caudinas<sup>14</sup>, por ejemplo.

Ese mismo sentido del honor y del deber se inculcaba a todos los estamentos de la sociedad y no solo a quienes estaban destinados a ser ciudadanos libres de pleno derecho. Al fin y al cabo, para mantener la disciplina de los *quirites*, había que buscar la complicidad de madres, hermanas y esposas y mantener el mismo rigor, austeridad y humildad en toda la familia.

Esto queda bien reflejado en las historias de Tarpeya, recordada no solo como el peor ejemplo de traición, sino como la mujer que dio nombre a la roca desde la que se despeñaría a todos los traidores a la patria desde ella<sup>15</sup>. Asimismo se recordaba a Cloelia, celebrada y honrada por su valentía<sup>16</sup> o de Postumia, virgen vestal llamada al orden por vestir de forma demasiado lujosa<sup>17</sup>.

No obstante, hay dos episodios en la historia de la ciudad en que se muestra la disposición del conjunto de las mujeres a mantenerse a la altura de las circunstancias y servir al Estado. El primero, según nos relata Tito Livio, principal fuente para nuestro conocimiento de los sucesos acaecidos antes del S. I a.C., relacionado con la piedad. Antes de la toma de la ciudad de Veyes, el dictador Furio Camilo prometió entregar al templo de Apolo en Delfos una copa de oro hecha con la décima parte del botín. Sin embargo, antes de entrar en la ciudad, se prometió a los soldados que podían tomar todo el botín que quisiesen, haciendo muy difícil, por un lado, calcular el total de lo obtenido y la proporción que debía apartarse para el dios y, por otro, recuperar para el tesoro público el diezmo prometido. Después de arduas discusiones, se obtuvo el oro del tesoro público pero, no siendo este suficiente, las matronas romanas donaron parte de sus joyas para cubrir el gasto de la ofrenda<sup>18</sup>.

El segundo episodio relevante tuvo lugar tras la toma de la ciudad por parte de Brenno y los galos en el 390 a.C. Entonces, las mujeres de la plebe huyeron con los hombres, la mayoría de las matronas más ancianas se quedaron a esperar su muerte, para evitar entorpecer tanto la defensa como la huida y, aquellas que quedaron encerradas en la ciudadela, resistieron la hambruna igual que los

---

14 Liv. IX. 10 ss.; Dionisio de Halicarnaso XVI. 1.3.

15 Liv. I. 11

16 Liv. II. 9; Dionisio de Halicarnaso IV. 4.1.

17 Liv. IV. 44

18 Liv. V. 25

senadores y soldados que estaban con ellas. Ellas mismas, al faltar dinero para pagar el rescate, pagaron lo necesario con sus joyas para evitar así tener que usar ofrendas votivas y otros elementos sagrados<sup>19</sup>.

Aunque no tenían obligaciones políticas ni militares, las mujeres romanas debían estar tan preparadas para reaccionar como los hombres en caso de necesidad y está claro que se mantenían al tanto de la actualidad para hacerlo con presteza. De hecho, recibían en pago un trato muy similar al de los soldados, tanto en castigos como en premios: así pues, la traición de Tarpeya se paga con una muerte atroz, mientras que el valor o el cumplimiento del deber reciben recompensas, como la estatua ecuestre que honra a Cloelia.

En el caso de las contribuciones en oro realizadas por las matronas en los ejemplos mencionados arriba, si bien es posible que Livio haya exagerado y adornado los episodios relatados con fines literarios, parece que estas actuaciones recibieron también su recompensa, otorgando el senado honores a las mujeres: en agradecimiento por la ofrenda votiva, se les permitió asistir en carro a los juegos y rituales sagrados y en un carro cerrado de dos ruedas el resto de días.

“y por esta generosidad otorgan a las matronas el hábito de que utilizasen un carro para asistir a los rituales sagrados y a los juegos, carros cerrados en día festivo y laborable”<sup>20</sup>

Tras las ofrendas de oro para pagar a los galos, se les permitió recibir oraciones fúnebres en público, honor que ya recibían los hombres a su muerte.

“se dio a las gracias a las matronas y se les otorgó el honor de que a ellas, igual que a los hombres, se les ofreciese una loa solemne tras su muerte”<sup>21</sup>

Si bien es cierto que solo reciben honores en agradecimiento a su piedad y su celo en el cuidado de lo sagrado, siendo esta una de sus misiones y responsabilidades primordiales como mujeres, no deja de ser elocuente su rapidez en la reacción y el hecho de recibir honores que les acercan a los recibidos por los hombres.

Por el contrario, se ha debatido sobre la costumbre de que las mujeres acusadas de adulterio fuesen forzadas a abandonar la *stola* femenina y a llevar la toga

19 Liv. V. 35-55

20 “honoremque ob eam munificentiam ferunt matronis habitum ut pilento ad sacra ludosque, carpentis festo profestoque uterentur” (Liv. V.25.9)

21 “matronis gratiae actae honosque additus ut earum sicut virorum post mortem sollemnis laudatio esset” (Liv. V.50.7)

masculina. Sería este el peor castigo posible, avergonzando públicamente a la mujer que ha fallado en el mantenimiento del honor familiar y personal y equiparándola a un hombre en su vestimenta, ya que su actitud es poco femenina<sup>22</sup>.

De forma similar, los esclavos eran recompensados, incluso con la libertad, si demostraban su lealtad. Es el caso del primer esclavo liberado por *vindicta*, por decreto del senado, tras avisar de una conjura de jóvenes de la nobleza a favor de introducir en la ciudad a escondidas al rey recientemente expulsado<sup>23</sup>. En cambio, se castigaba duramente la traición y el ejemplo más conocido de ello es el destino de Espartaco y los esclavos que se levantaron con él y sobrevivieron al combate contra las legiones romanas, crucificados a lo largo de la vía Apia<sup>24</sup>.

Los premios y castigos de los ciudadanos, en cambio, los conocemos principalmente a partir de su participación en combate, pero es de suponer que en sus casas, dentro de cada familia, tendrían sus propios sistemas de recompensas para fomentar la disciplina y la búsqueda de la excelencia, manteniendo el honor de la familia con afán.

Es más, aún dentro del mundo estrictamente militar, no tenemos demasiados detalles, ni de la propia organización de los soldados dentro del ejército (al margen de la clasificación dependiente de sus rentas, pues sabemos que el complejo sistema militar romano requería de cuerpos de ingenieros, músicos y otros profesionales muy especializados), ni de los métodos y tácticas empleados, de forma general, para el correcto funcionamiento de su conjunto, al menos antes del S. I a.C.

Este silencio en las fuentes se debe, por un lado, a la escasez de textos que conservamos procedentes de los inicios de la república y de que estos, en su mayoría, considerasen como parte de la cotidianidad todos esos detalles, volviéndolos irrelevantes para un lector contemporáneo. Por otra parte, es lógico pensar que hubiese un cierto interés por mantener ocultas las claves y secretos que otorgaban el éxito a Roma, a fin de no dar demasiados detalles a los enemigos.

Esto mismo, a su vez, puede explicar por qué los tratados militares más extensos y detallados que conservamos fueron escritos hacia finales del período

---

22 Jessica E. DIXON, «Dressing the adulteress», Mary HARLOW & Marie-Louise NOSCH (Eds.), *Ancient Textiles Series* Vol. 19, Oxford: Oxbow Books (2014), pp. 298-305

23 Liv. II. 5

24 Apiano, *Guerras civiles* 1. 120

imperial, describiendo algunas armas y técnicas que se conocían por tradición pero que ya se consideraban antiguas y eran poco utilizadas. Así, por ejemplo, el *pilleum*, también conocido como *tiara Phrygia*, un sombrero redondo de lana originario de Frigia, comenzó a utilizarse por los soldados en época imperial, en algún momento tras la conquista de Panonia, para acostumbrarse a la incomodidad de llevar el casco en combate. Vegetio nos refleja esta práctica en su *De re militare* I. 20, intentando exhortar a los comandantes de su propia época a no abandonar tal costumbre, que fomentaba la disciplina de los combatientes:

“hasta el presente permaneció por tradición, que los soldados utilicen los gorros (*pillea*) de piel que se llamaban panónicos, puesto que se consideraba que no parecería pesado el casco en combate al hombre que siempre llevaba algo sobre la cabeza”<sup>25</sup>

Sin embargo, el caso de Vegetio es particular, puesto que vive en el S. IV d.C., en un momento de crisis profunda del imperio, en que la división y falta de disciplina del grueso del ejército, unidas a una gran cantidad de mercenarios y soldados originarios de pueblos fronterizos, además de las dificultades que los pueblos enemigos, sobre todo los germanos, tendrían para acceder a sus textos, llevaban a priorizar el ofrecer unas pautas útiles y claras a los comandantes de las tropas, antes que preocuparse por ofrecer secretos al enemigo.

El ideal de Vegetio es, por tanto, reproducir algunas de las tácticas de entrenamiento y combate de época clásica, en busca de una disciplina estricta que permitiese a Roma recobrar el esplendor militar que había tenido en sus inicios. No obstante y como se refleja arriba, ese ideal de disciplina debía estar ligado al apoyo de toda la ciudad, al ideal de honor y a la incorruptibilidad en los comandantes, que ya Salustio echa en falta en el S. I a.C. Es él quien nos ofrece una amarga crítica de la sociedad de su tiempo, que ya ha perdido buena parte de los valores tradicionales, llevando a la ciudad a peligros extremos, como la conjuración de Catilina o a las humillaciones sufridas a manos de Yugurta, descrito como un hombre que sí responde, al menos en su juventud, al ideal romano del soldado humilde, fuerte, disciplinado y habituado a todo tipo de padecimientos:

“Quien tan pronto alcanzó la adolescencia, reluciente de fuerzas, con un rostro hermoso, pero sobre todo lleno de ingenio, no se dejó corromper por

---

25 “usque ad praesentem prope aetatem consuetudo permansit, ut omnes milites pileis, quos pannonicos vocabant, ex pellibus uterentur, quod propterea servabatur, ne gravis galea videretur in praelio homini, qui gestabant aliquid semper in capite”

el lujo y la inercia, sino que, como es la costumbre de su pueblo, se entregó a la equitación, al lanzamiento de jabalina, a competir en la carrera con los de su edad y, aunque sobrepasaba a todos en excelencia, sin embargo era querido por todos; pasaba también mucho tiempo cazando, hería el primero o entre los primeros al león y otras fieras y apenas hablaba de sí mismo”<sup>26</sup>

Queda claro a partir de este fragmento, que el joven debía evitar los lujos y las inactividad. En cambio, debía procurar ejercitarse en la equitación, las carreras, el lanzamiento de la jabalina y la caza y, es de suponer, que en el manejo de la espada y otras armas básicas, además de cultivar su mente e ingenio. Parece que esto describe el ideal de un joven de la nobleza, pero es de suponer que todos los jóvenes, independientemente de su estatus social, debían ejercitarse de algún modo y es probable que algunos de los festivales, ceremoniales y certámenes realizados en el Campo de Marte sirviesen a tal efecto. Tal sería el caso del “*lusus Troiae*”, mencionado por Virgilio en el libro V de la *Eneida*<sup>27</sup>, en que los niños realizaban unas competiciones ecuestres heredadas de su pasado troyano y que, al parecer, seguían celebrándose en Roma en tiempos de Augusto.

Pese a todo, los nobles romanos, a menudo tenían también el deber y el interés de perseguir la vida política, lo que les obligaría a realizar largas campañas previas a las elecciones y a entregarse a tareas alejadas del mundo marcial. ¿Cómo lograr, entonces, no entregarse a un exceso de lujo y molicie durante largos períodos dedicados a otros negocios? Incluso durante los meses de invierno, en que se detenían los combates y la actividad física era mucho menor, ¿cómo se podía evitar que los soldados cayesen en la pereza? ¿Cómo lograr que estuviesen dispuestos para el combate tan pronto se iniciase la nueva temporada bélica?

Es posible que, al igual que el *pilleum* en épocas posteriores serviría para acostumbrarse al peso de llevar la cabeza cubierta, la incomodidad de la toga tuviese también un origen militar. Si nos fijamos en la postura tan poco natural que exige esta prenda de vestir y la fortaleza física que requiere en el brazo izquierdo, para mantenerlo constantemente elevado, con mayor o menor estatismo, ocupado

26 “Qui ubi primum adolevit, pollens viribus, decora facie, sed multo maxime ingenio validus, non se luxu neque inertiae corrupendum dedit, sed, uti mos gentis illius est, equitare, iaculari; cursu cum aequalibus certare et, cum omnis gloria anteiret, omnibus tamen carus esse; ad hoc pleraque tempora in venando agere, leonem atque alias feras primus aut in primis ferire: plurimum facere, et minimum ipse de se loqui” (Salustio, *Bellum Iugurthinum* 6)

27 Verg. *En.* V. 545-603

en el mantenimiento del extremo de la toga que, a su vez, evitaba que todo el conjunto se estropease, es posible que hubiese sido ideada como entrenamiento<sup>28</sup>, para habituar a los *quirites* a la posición de llevar el escudo durante largas jornadas de combate y viaje sobre el mismo brazo: el izquierdo.

Es más, no se trata solo del brazo elevado, sino que la tradicional prohibición de utilizar broches ni cinturones exigiría mantener todo el cuerpo recto, permitiendo el movimiento siempre que no fuese violento y que se mantuviese una correcta postura al andar. Por no hablar de que al sentarse o al asistir a ceremonias religiosas, que exigían manipular la toga para que la parte que rodeaba la espalda subiese hasta cubrir la cabeza, la persona debería mostrar mucho cuidado en no realizar movimientos extraños, demasiado abiertos o rápidos, que comprometiesen la estructura del atuendo.

A todo ello habría que añadir la dificultad de requerir la asistencia de un esclavo u otra persona para poder vestirse con la prenda, por lo que si esta se descolocaba en algún lugar público, hasta el punto de necesitar quitarla y colocarla de nuevo, la vergüenza sería doble: por no saber utilizarla y por necesitar, públicamente, asistencia de un subordinado.

Todo esto parece estar en línea con el sistema militar romano: por un lado, aún en los momentos dedicados a la vida civil, los ciudadanos continuaban ejerciéndose como soldados, forzándose a mantener una postura correcta, esencial en combate. Recordemos que, especialmente en época arcaica, los ejércitos solían luchar en formación de falange y que aún en época clásica, el ejército romano se reconocía por la habilidad de sus soldados de formar en diferentes líneas de combate. Todas ellas, sin embargo, tenían algo en común: exigían que todos los hombres estuviesen bastante cerca unos de otros, sujetando con firmeza sus escudos, que los defendían a ellos y a sus compañeros. Todos debían moverse conjuntamente y maniobrar, defenderse y atacar en un espacio muy reducido, mientras mantenían los escudos con firmeza, garantizando la seguridad de toda la línea.

En tales circunstancias, mantener una postura corporal estable y firme era imprescindible, a fin de atender a todas las necesidades y vicisitudes del combate sin

---

28 Sobre la idea de que la toga servía como un medio para mostrar autocontrol y disciplina, cf. Ursula ROTHE, *The toga and Roman identity*, London/New Yor: Bloomsbury Academic, (2020) y Andrew WALLACE-HADRILL, *Rome's Cultural Revolution*, Cambridge: Cambridge University Press (2008) p. 46, recogiendo la descripción que Quintiliano hace sobre cómo colocar esta prenda de vestir para mantener la compostura en el estrado.

movimientos extraños, evitando así romper la línea de combate o entorpecer a los compañeros con defectos y vicios adquiridos con los años y, según la mentalidad de la época, con el lujo y el descanso. En este sentido, la postura rígida y artificial lograda con la toga permitía un buen entrenamiento.

Con una intención similar se explicaría la forma de llevar la toga en algunas estatuas de inicios de la república, en que el brazo derecho queda también inmóvil bajo la toga, sobre el pecho. Siguiendo con la misma teoría, sería esta una forma de acostumbrarse a que el brazo que debía estar siempre alerta, preparado para empuñar la espada, no se acostumbrase a moverse al caminar, lo que le restaría rapidez si fuese necesario entrar en combate.

Por otra parte, puesto que buena parte de la disciplina romana, tanto en lo militar como en lo religioso y lo civil, partía de las recompensas y castigos, la vergüenza de no saber manejar la prenda nacional o de necesitar ayuda para corregir errores, sería un castigo lo suficientemente importante como para querer aprender a vestirla con corrección desde edades tempranas. En este sentido, el hecho de que el paso de la niñez a la edad adulta, en que ya podían tener presencia y protagonismo en la vida civil y militar de la ciudad, se marcara con el cambio de la *toga praetexta* a la *toga virilis*<sup>29</sup>, muestra la gran importancia que para los ciudadanos tenía esta prenda.

A ello habría que añadir la circunstancia de que dentro del *pomerium* sagrado, el recinto de la ciudad, estaba prohibida la entrada de los ciudadanos armados, en calidad de soldados en activo. El estatismo que impone la toga puede ser una forma clara de mostrar que se estaba dentro de la ciudad en calidad de civil, incapaz de empuñar ni de ocultar una espada. Esto explicaría, además, la rapidez con que Cincinato se apuró a limpiarse el polvo de la tierra que estaba arando y a enroscarse la toga antes de escuchar los anuncios oficiales que enviados por el senado le llevaban a su casa, en la famosa anécdota que describe cómo recibió su dictadura. Utilizar esta prenda sería un signo de urbanidad, demostrando que se estaba dispuesto a realizar negocios alejados de la vida militar, mostrando la absoluta indefensión de quien apenas puede mover sus brazos.

Igualmente, la prohibición de que cualquier hombre que no fuese ciudadano

---

29 Fanny DOLANSKY, «'Togam virilem sumere': coming of age in the Roman world», Jonathan C. EDMONDSON, & Alison M. KEITH, (Eds.) *Roman dress and the fabrics of Roman culture (Phoenix. Supplementary Volume, 46)*, Toronto (Ont.); London: University of Toronto Pr. (2008), pp. 47-70



romano de pleno derecho la vistiese, demuestra el celo con que este pequeño secreto de su disciplina se ocultaba a extranjeros, que probablemente la veían como una prenda aparatosa y poco apetecible. Tal fue la fuerza de esta tradición, que se mantuvo durante siglos, hasta el Edicto de Caracalla en el 212, que otorgó la ciudadanía a todo habitante del imperio, haciendo poco menos que irrelevante que personas de allende las fronteras la llevaran o no, por la ingente cantidad de hombres, de todas etnias y procedencias, que debían vestirla en ceremonias y rituales.

Pero evidentemente, la habilidad para vestir la toga debía ser entrenada durante años, desde la infancia, a fin de evitar vicios posturales desde el principio. Es por eso que los niños ya debían lucirla. Es posible que en principio se les permitiese utilizarla de una forma menos estricta, sin exigir que la toga se mantuviese perfectamente en su sitio hasta que el niño estuviese preparado para ello, aunque lo estricto del carácter romano requiere cautela en este punto.

Más difícil de explicar es el hecho de que las niñas tuviesen que vestir igual que sus hermanos<sup>30</sup>. Sabemos que la *toga praetexta*, aquella que estaba rodeada por una franja púrpura y que, como toda ropa tradicional romana, estaba hecha de lana, se consideraba sagrada, un amuleto protector que defendía a quien la llevaba contra cualquier mal<sup>31</sup>. No obstante, si hubiese sido un simple amuleto, las niñas hubieran podido vestir prendas más femeninas en el mismo material y con los mismos colores, confiriéndoles el mismo grado de protección.

Parece más bien, que la sociedad romana optaba por dar la misma consideración a niños y niñas, vistiéndolos y tratándolos de forma similar. Poca duda cabe que ellos y ellas recibirían formación diferente en lo que a sus futuras tareas como hombres y mujeres adultos se refería. Sin embargo, es posible que esa semejanza en el trato se tradujese en una similar exigencia en el aprendizaje, interiorización y respeto a los valores y principios ancestrales. El carácter militar de la vida de los hombres requería del apoyo de unas mujeres que comprendiesen lo que se

---

30 Judith L. SEBESTA, «The ‘toga praetexta’ of Roman children and praetextate garments», Liza CLELAND, Mary Harlow & Lloyd LLEWELLYN-JONES (Eds.), *The clothed body in the ancient world*, Oxford: Oxbow books (2005), pp. 113-120

31 Judith L. SEBESTA, cit.; Cecilie BRØNS & Amalie SKOV MØLLER, «Colour coding the Roman toga: the materiality of textiles represented in ancient sculpture», *Antike Kunst* 60 (2017), pp. 55-79; Philippe MOREAU, «Vestis mutatio I: pourquoi retourner sa toge?», *Rev. de Philologie*, 91:1 (2017), pp. 93-266; Claude NICOLET, «Consul togatus. Remarques sur le vocabulaire politique de Cicéron et de Tite Live», *Revue des Études Latines* XXXVIII (1960), pp. 236-263

exigía de cada uno dentro de la ciudad y en este punto debían ser tratadas con la misma disciplina y rigor que los hombres, algo que quizá aprendían ya de niñas.

Por otra parte, llama la atención, al observar a las estatuas de principios de la república (y algunas posteriores, que imitan a estas, quizá para mostrar virtud en el apego a la tradición), la similitud en la pose de la mujer y la del hombre pese a que ella, en lugar de una toga, vestía *stola*, un mantón grande, de forma rectangular<sup>32</sup>. Muy probablemente sea resultado de la costumbre de haber vestido con la toga durante años, lo que corroboraría la idea de que ambos sexos recibían un trato y una educación similares durante la infancia, aunque al llegar a la edad adulta, con los nuevos roles que ello conllevaba, también las ropas se diferenciaban.

El paso del tiempo, sin embargo, hizo que poco a poco estas tradiciones cambiasen, junto con las circunstancias generales de la ciudad. Cuando los ejércitos empiezan a formarse con voluntarios, eliminando la necesidad de las levadas obligatorias, creando una armada profesional y evitando que todo ciudadano tuviese que luchar en combate, la disciplina en el interior de la ciudad se puede relajar y las viejas tradiciones, ligadas al mundo marcial, dejan de tener sentido para la población general.

Esto provoca que la toga comience a verse, simplemente, como un código de vestimenta, la prenda nacional identitaria de Roma, que todo ciudadano debía vestir para llevar a cabo negocios. Puesto que entorpecía los movimientos, en casos de necesidad y emergencia, los hombres iban a casa y se cambiaban de ropa, quitando la toga en favor del *sagum*<sup>33</sup>, la capa que llevaban los soldados en campaña y que se entendía como el atuendo militar más apropiado dentro de la ciudad.

En este contexto, las primeras en abandonar las ropas masculinas y aceptar modas más ligeras y femeninas, propias de países orientales, son las niñas. Ya a finales del S. II a.C. Varrón se queja de que se hubiese extendido el uso de ropas de origen griego como el *encomboma* o la *chlamys*<sup>34</sup>, en lugar de la prenda tradi-

32 Cf. por ejemplo, la estatua de la matrona encontrada en la Villa dei Papiri y conservada hoy en el Museo de Nápoles o la estela sepulcral de un matrimonio de Vía Statilia.

33 Philippe MOREAU, cit.; Jonathan C. EDMONDSON, «Public dress and social control in Late Republican and Early Imperial Rome», Jonathan C. EDMONDSON & Alison M. KEITH (Eds.) *Roman dress and the fabrics of Roman culture (Phoenix. Supplementary Volume, 46)*, Toronto (Ont.); London: University of Toronto Pr. (2008), pp. 21-46

34 Varro, frg. Non. p. 543.1. “*ut puellae habeant potius in vestitu chlamydas, encombomata, ac parnacidas, quam togas*”

cional<sup>35</sup>.

También los hombres, en sus momentos de ocio, comienzan a vestir prendas tomadas de los territorios conquistados (orientales, en principio, aunque con los siglos se adoptarán numerosas prendas de origen galo o germánico, entre otras), dejando la toga solo para ocasiones especiales, rituales religiosos o misiones políticas o diplomáticas.

Al convertirse en una prenda de gala, por así decir, se va haciendo más compleja: se alarga su longitud, de modo que del brazo cuelga una mayor cantidad de tela, haciendo fáciles los traspies y la forma de colocarla va cambiando. En época de Tertuliano, como él mismo indica, debía plancharse durante toda la noche anterior a su uso, formando numerosos pliegues decorativos que, con toda probabilidad, en ocasiones se coserían para evitar que se estropearan<sup>36</sup>.

Esto indica el cambio de mentalidad que ha tenido lugar durante el imperio: la toga ya no es la prenda exclusiva de un grupo privilegiado de ciudadanos de una pequeña ciudad de Italia, que deben defenderse de amenazas constantes. Se trata de la prenda imperial, heredada de los fundadores de la gran capital, símbolo de pertenencia a Roma y del grado de adaptación a su cultura que se tuviese. Solo los altos cargos políticos tenían obligación de vestirla de forma cotidiana, el resto de personas la reservaban para actos y ceremonias y por ello se había convertido en un símbolo de prestigio. Saber vestirla correctamente era toda una proeza y para exagerar este hecho, cada vez se complica más, requiere de más metros de tela, siguiendo las modas orientales.

Las vicisitudes del imperio hacen además que el uso de la toga nos muestre la división del imperio en dos mitades: mientras que oriente era más estable, seguía disfrutando de un cierto lujo y podía permitirse mantener las tendencias de moda más complicadas en lo que a la toga respecta, occidente, sumido en guerras y en una profunda crisis, optó no solo por volver a versiones más sencillas de esta prenda, sino a introducir prendas tomadas de pueblos considerados bárbaros, como las botas altas, los pantalones o las camisas ligeras y cortas, más manejables y cómodas para poder hacer frente a las dificultades con mayor facilidad.

---

35 MIRAMONTES SEIJAS, cit.

36 Shelley STONE, «The toga: from national to ceremonial costume», Judith L. SEBESTA & Larissa BONFANTE (Eds.), *The world of Roman costume*, Wisconsin: The University of Wisconsin Press (1994), pp. 13-45

En definitiva, parece que las quejas de Tertuliano en contra de la toga, en su época, eran más que acertadas, pues la prenda que debía ser símbolo de un pueblo humilde y esforzado, que nació para disciplinar a los ciudadanos que estaban en paz, se había convertido en un artificio complicado y poco manejable, cuyo uso cotidiano era impensable, fuera de una familia imperial acomodada y sin necesidad de enfrentarse a combates y dificultades varias.

Hasta tal punto llegó a ser artificiosa, que ni las propias familias nobles de la mitad occidental del imperio pudieron mantener su uso y hubieron de buscar prendas nuevas, más manejables, en los territorios de más allá de las fronteras para lograr el mismo efecto que las togas primigenias habían buscado en origen: vestir a los ciudadanos con ropas sencillas, apropiadas para acostumbrar al cuerpo a reaccionar cuando se entraba en combate de improviso, si bien en lugar la buscar la disciplina con una prenda apropiada para momentos de paz, se prioriza la rapidez de movimientos, en una época convulsa en que ni las murallas de la ciudad garantizaban la seguridad.

## BIBLIOGRAFÍA

- BOUCHON, Richard A., «Les ‘porteurs de toge’ de Larissa», *Topoi 15:1* (2007), pp. 251-284
- BRØNS, Cecilie & Amalie SKOVMOELLER, «Colour coding the Roman toga: the materiality of textiles represented in ancient sculpture», *Antike Kunst* 60 (2017), pp. 55-79
- DIXON, Jessica E., «Dressing the adulteress», Mary HARLOW & Marie-Louise NOSCH (Eds.), *Ancient Textiles Series* Vol. 19, Oxford: Oxbow Books (2014), pp. 298-305
- DOLANSKY, Fanny, «‘Togam virilem sumere’: coming of age in the Roman world», Jonathan C. Edmondson, & Alison M. Keith, (Eds.) *Roman dress and the fabrics of Roman culture (Phoenix. Supplementary Volume, 46)*, Toronto (Ont.); London: University of Toronto Pr. (2008), pp. 47-70
- EDMONDSON, Jonathan C., «Public dress and social control in Late Republican and Early Imperial Rome», Jonathan C. Edmondson & Alison M. Keith (Eds.) *Roman dress and the fabrics of Roman culture (Phoenix. Supplementary Volume, 46)*, Toronto (Ont.); London: University of Toronto Pr. (2008), pp. 21-46
- MIRAMONTES SEIJAS, Elena, *Latin Lexicon of Textiles: clothes, adornments, materials and techniques of Ancient Rome*, Oxford: British Archaeological Review, 2021
- MOLINIER ARBO, Agnès, «Le costume en Afrique à l’époque sévérienne et le ‘De pallio’ de Tertullien: réalités et symboles», *Vita Latina* 189-190 (2014), pp. 158-180, III
- MOREAU, Philippe, «Vestis mutatio I: pourquoi retourner sa toge?», *Rev. de Philologie*,

- 91:1 (2017), pp. 93-266
- NICOLET, Claude, «Consul togatus. Remarques sur le vocabulaire politique de Cicéron et de Tite Live», *Revue des Études Latines* XXXVIII (1960), pp. 236-263
- ROTHE, Ursula, *The toga and Roman identity*, London/New Yor: Bloomsbury Academic, 2020
- SEBESTA, Judith L., «Symbolism in the costume of the Roman woman», Judith L. SEBESTA & Larissa BONFANTE (Eds.), *The world of Roman costume*, Wisconsin: The University of Wisconsin Press (1994), pp. 46-53
- SEBESTA, Judith L., «The 'toga praetexta' of Roman children and praetextate garments», Liza CLELAND, Mary HARLOW & Lloyd LLEWELLYN-JONES (Eds.), *The clothed body in the ancient world*, Oxford: Oxbow books (2005), pp. 113-120
- STONE, Shelley, «The toga: from national to ceremonial costume», Judith L. Sebesta & Larissa Bonfante (Eds.), *The world of Roman costume*, Wisconsin: The University of Wisconsin Press (1994), pp. 13-45
- WILSON, Lillian M., *The Roman toga*, Baltimore: Hopkins Press, 1924
- WALLACE-HADRILL, Andrew, *Rome's Cultural Revolution*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008



Statua del I secolo d. C. rinvenuta nel 1850 a Vachères (Alpi dell'Alta Provenza, Provenza-Alpi-Costa Azzurra, Francia) che rappresenta un giovane ausiliario gallico, probabilmente imberbe e con i capelli corti. E' equipaggiato alla romana, con un mantello militare (sagum), una cotta di maglia, una spada e uno scudo ovale. Musée Calvet, Avignon. Foto Fabrice Philibert-Caillat. CC SA 3.0. Wikimedia Commons.



Costume Armor in the  
Classical Style Helmet  
includes original paper label  
of Hallé French ca. 1788–90.  
Metropolitan Museum of Art,  
Public Domain.

# Storia Militare Antica

## Articoli / Articles

- *La 'legge della conquista' achemenide e i preparativi militari dei Persiani. Necessità documentaria, necessità regia e necessità sul campo,*  
di VITTORIO CISNETTI
- *Between honour and tactics. The deployment for the "hoplite" battle,*  
di ALESSANDRO CARLI
- *Tecniche poliorcetiche e macchine nell'assedio di Petra (Lazica) del 551 d. C.,*  
di FRANCESCO FIORUCCI
- *Unità militari romane a Karales I - III Secolo d.C.*  
di ALBERTO MONTEVERDE
- *Lo stipendium dei centuriones e dei praepositi sotto Diocleziano*  
di MAURIZIO COLOMBO
- *Da Carausio a Giuliano. La Classis Britannica tra III e IV secolo a. C.*  
di GIULIO VESCIA
- *Humilis toga: reinterpretando la sencillez de una prenda complicada,*  
per ELENA MIRAMONTES SELIAS
- *Aspetti di diritto e vita quotidiana nelle terme: fures balnearii, capsarii e servizi di sorveglianza*  
di ENRICO SILVERIO
- *Ancora sui nocturni Napocenses. Ulteriori spunti per una discussione,*  
di ENRICO SILVERIO
- *All'ombra dell'impero. Sui presunti accordi tra Genserico e Attila,*  
di FABIANA ROSACI

---

## Strumenti. Contributi editi e inediti sull'attualità di Vegezio

- *Vegezio fra filologia, storiografia e usus modernus, con una selezione bibliografica 1980-2022,*  
di VIRGILIO ILARI
- *Who Was Vegetius?,*  
by SABIN H. ROSENBAUM
- *Lieutenant John Clarke: an eighteenth translator of Vegetius,*  
by MICHAEL KING MACDONA
- *An Analysis of Julius Caesar's Generalship as Compared to Proper Generalship in Vegetius,*  
by WILLIAM CARPENTER
- *Cesare e Vegezio: limiti filologici ad una lettura parallela,*  
di MAURIZIO COLOMBO

---

## Recensioni / Reviews

- ROEL KONIJNDIJK, CEZARY KUCEWICZ, MATTHEW LLOYD (Eds.), *Brill's Companion to Greek Land Warfare Beyond Phalanx*  
[di ALESSANDRO CARLI]
- LUIGI LORETO, *La Grande Strategia della Repubblica Romana*  
[di EMILIANO ANTONIO PANCIERA]
- FRANCESCO CASTAGNINO, *I diplomata militaria. Una ricognizione giuridica*  
[di ENRICO SILVERIO]
- YANN LE BOHEC, *Germanis et Romains au IIIe siècle. Le Harzhorn Une bataille oubliée*  
[di FABIANA ROSACI]
- ALESSANDRO GALVANI, *L'Impero Romano d'Occidente. Storia politica e militare da Onorio a Odoacre*  
[di GIULIO VESCIA]
- ANDREA BALBO e NELU ZUGRAVU (cur.), *La violenza militare nel mondo tardoantico*  
[di FABIANA ROSACI]
- LUCA IORI and IVAN MATIJAŠIĆ, *Thucydides in the 'Age of Extremes' and Beyond. Academia and Politics*  
[di HAN PEDAZZINI]